



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Ramírez Lozada, Dení

Reseña de "Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX" de Mónica

Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider

Bajo el Volcán, vol. 3, núm. 6, primer semestre, 2003, pp. 267-271

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600615>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**HOMOGENEIDAD Y NACIÓN CON UN ESTUDIO DE CASO:
ARGENTINA, SIGLOS XIX Y XX
Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider
Madrid, CSIC, 2000, 260 p.**

Dení Ramírez Lozada

Este libro aborda un tema que no sólo ha estado ausente o estigmatizado en los estudios que se dedican a las cuestiones de interacción étnica o construcción nacional, sino que ha sido tratado de manera parcial en aquellos trabajos que analizan algunos de sus mecanismos. El tema en cuestión es el no menos problemático proceso histórico y global de la construcción de la homogeneidad en Occidente. Es pertinente señalar que, si bien los autores se centran en un estudio de caso: el de Argentina a lo largo del siglo XIX y principios del XX, el libro constituye, amén del esfuerzo por llenar el vacío existente, un novedoso estudio que pretende explicar y comprender el proceso histórico que consagró, hasta fechas recientes, la idea de homogeneidad cultural y étnica de los Estados-naciones como un valor universalmente reconocido. Idea que desempeñó un papel fundamental en el tratamiento de la diversidad étnica en Occidente.

A partir de tres preguntas centrales: ¿por qué los Estados buscaron la homogeneidad de sus poblaciones?, ¿a qué construcciones ideológicas recurrieron para legitimarla?, y ¿cuáles fueron los medios que utilizaron para lograrla?, los autores inician un excelente estudio que, sin duda, contribuye a un mejor conocimiento de esa “tendencia histórica y procesual” que nos acompaña desde hace dos siglos: la construcción de la homogeneidad cuyo resultado, al decir de Mónica Quijada, no debe entenderse tanto en términos de “realidades”, sino de construcción ideológica a partir de la apropiación colectiva de percepciones que se resuelven en el nivel del imaginario.

El libro está organizado en cinco capítulos. El primero de ellos, escrito por Mónica Quijada, se titula “El paradigma de la homogeneidad” y constituye, quizá, uno de los más sugerentes capítulos de la obra, ya que examina de manera precisa y clara los estrechos vínculos que existen entre el concepto de “homogeneidad” y otras nociones clave como las de “nación”, “nacionalismo” y “ciudadanía”. En este artículo encontramos la primera contribución importante de la obra en general, y de la autora en particular, puesto que analiza los fundamentos ideológicos que produjo la búsqueda de la homogeneidad. El eje que articula el análisis es la idea moderna de “ciudadanía”, cuyo origen se remonta a la segunda mitad del siglo XIX durante el proceso de configuración de las “naciones de ciudadanos”. Proceso que implicó, por un lado, corporizar una abstracción: el “pueblo”, la “nación”, para asentar la legitimidad política y la soberanía popular en un sistema referencial colectivo. Por otro, eliminar toda diversidad cultural y étnica existente al interior del colectivo –la nación de ciudadanos– y que no podía ser traducida en términos sociales. Con el advenimiento de la idea moderna de ciudadanía se impuso, en las construcciones nacionales occidentales, un modelo ideológico de unidad que además de producir y reproducir la diferencia simbólica entre nosotros y ellos, la vivió y la asumió como irreductible. El capítulo continúa con el estudio de aquellos medios y recursos (institucionales, coercitivos, simbólicos, entre otros) que las sociedades y los Estados pusieron en funcionamiento para llevar a cabo, siempre en el nivel del imaginario, la homogeneización de las poblaciones. Un tercer ámbito del análisis es el estudio global de los procesos de homogeneización que se dieron en Hispanoamérica a lo largo del siglo XIX y principios del XX y, al igual que en la primera parte del capítulo, se aplican los planteamientos sobre los medios utilizados para lograr la homogeneidad. La autora termina con el desarrollo de un modelo que divide los procesos de homogeneización hispanoamericana en tres fases estrechamente relacionadas entre sí.

Siguen a Quijada tres artículos cuyo hilo conductor es el tratamiento de la diversidad étnica en Argentina. Tratamiento por demás específico que dio lugar a propuestas políticas, relaciones interétnicas e imaginarios colectivos muy distintos a los generados, por ejemplo, en Estados Unidos,

cuyas condiciones demográficas son análogas a las de Argentina, es decir, poblaciones formadas a lo largo de los siglos de dominación colonial y poblaciones de nuevo cuño que se insertan sobre las primeras. En este contexto, no es difícil advertir que el imaginario argentino, además de desconocer el mosaico étnico que lo compone, se ha visto a sí mismo, frente a los demás países de América Latina, como un país con una población de cultura europea y homogéneamente blanca en cuanto al fenotipo se refiere. De ahí la importancia de estos tres capítulos que, por razones de espacio, me resulta imposible comentarlos ampliamente. El segundo aporte de Mónica Quijada: "Indígenas: violencia, tierras y ciudadanía", examina el papel asignado a la población indígena en el marco del proceso de construcción nacional, así como los mecanismos ideológicos, coercitivos o simbólicos por medio de los cuales el componente indígena terminó por diluirse en la definición simbólica de la nación. Proceso ideológico que ayudó a consagrar la construcción de una autoimagen nacional definida como de raza blanca y cultura europea.

El tercer trabajo toca un tema que contradice esa autoimagen nacional de crisol de razas de origen fundamentalmente europeas. Carmen Bernand presenta un muy sugerente análisis sobre "La población negra de Buenos Aires (1777-1862)" que no sólo constituía, a mediados del siglo XIX, el treinta por ciento de la población total, sino que desempeñó un papel significativo en desarrollos culturales estrechamente relacionados con la identidad nacional argentina, como los *candombes* y, desde luego, el tango. En este sentido, resulta interesante observar cómo la diversidad étnica y cultural del componente africano, pese a su reducción y conversión en "cultura popular" a finales del virreinato, fue idealizada en los estertores del siglo XIX pues representaba los auténticos valores de la sociedad criolla frente a la gran oleada de la inmigración. Sin embargo, a mediados del siglo XX la presencia física y simbólica del contingente africano se volvió totalmente invisible.

El trabajo de Arnd Schneider aborda el tema de los "Inmigrantes europeos y de otros orígenes" con el fin de analizar los principales paradigmas en la construcción ideológica de Argentina como una nación de inmigrantes. El autor investiga el espacio simbólico cambiante asignado tanto a aque-

llos que se consideraba debían pertenecer a la nación, como a aquellos que se suponía debían ser excluidos o estar destinados a ocupar posiciones inferiores. Se incluye el análisis de algunas de las categorías de la otredad o alteridad que surgieron de las prácticas sociales y culturales de la diferenciación étnica en Argentina después de 1816. A continuación se estudian las nociones, siempre cambiantes, del *melting pot* o “crisol de razas” argentino desde 1930 a la actualidad; se presta especial atención a las ideologías de los dos primeros gobiernos peronistas (1946-55). Finaliza Schneider con el estudio de las construcciones de la identidad argentina en el presente, en especial la consideración de ese país como una nación de criollos descendientes, principalmente, de europeos pero a partir de categorizaciones y significados históricos en constante cambio que han sido, y son, recreados en América.

Cierra el libro la tercera aportación de Mónica Quijada titulada “Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra”, la cual retoma algunos planteamientos teóricos desarrollados en el primer capítulo, pero poniendo énfasis en el territorio como condición básica en la construcción nacional argentina cuya característica principal era su alto grado de multietnicidad. La integración de la heterogeneidad durante largo tiempo y, en especial en el siglo XX, ha sido identificada -tanto por la intelectualidad como por la sociedad argentina en su conjunto-, con la construcción de un “crisol de razas” o *melting pot*; sin embargo, la autora cuestiona esa teoría y plantea una propuesta alternativa. Por medio de la metáfora de la alquimia de la tierra pretende definir un proceso de incorporación, agregación y modificación de elementos donde las partes interactúan sin que ello implique una fusión de los componentes, pero que se refleja en una totalidad, sin fronteras internas, que se resuelve en el nivel del imaginario colectivo. La comparación del tratamiento dado a la heterogeneidad étnica tanto en Argentina como en los Estados Unidos, permite a Quijada un tropo alternativo a la teoría del *melting pot* para dar cuenta de esas continuas interacciones que, pese a todo, se reflejan en una totalidad. Completa el artículo un análisis del nivel ideológico en que se resuelve el problema de la construcción de la homogeneidad en Argentina.

Del libro de Quijada, Bernard y Schneider se pueden extraer muchas e

interesantes conclusiones. No obstante, es pertinente resaltar otro argumento de vital importancia para entender los procesos de construcción de la homogeneidad en Occidente en general, y en América Latina en particular. Retomando el concepto de etnización de la *polity* acuñado por R. D. Grillo en 1980, los autores y, en especial Mónica Quijada, plantean que en las construcciones nacionales occidentales, a medida que las formaciones sociales eran nacionalizadas, las poblaciones que las integraban se etnicizaban, es decir, eran representadas en el pasado y en el futuro como si formasen una comunidad natural y única, cuya posesión de una identidad de orígenes, cultura e intereses trascendía tanto a los individuos como a las condiciones sociales; que este proceso de homogeneización sólo operó en vinculación con un único modelo ideal: el del progreso, cuya identificación se asoció inextricablemente a la cultura occidental y a la raza blanca indoeuropea. Y que si bien el Estado jugó un papel fundamental en el proceso de etnización de la *polity*, no menos importantes fueron los propios procesos desencadenados a raíz de una serie de cambios sociopolíticos que culminaron con la consagración del sistema liberal y representativo. Finalmente, en América, las propuestas de las Cortes de Cádiz no sólo tuvieron un fundamento esencialmente político, sino que acentuaron el carácter territorial de la construcción nacional ya que en sociedades tan heterogéneas como las hispanoamericanas, la identificación territorial fue un elemento primordial para enraizar la idea de la homogeneización. Este vínculo estrecho y fundacional con el territorio le imprimió a la construcción nacional americana su carácter específico.

El libro, escrito con originalidad e imaginación, nos permite abrir nuevas y frescas rutas de investigación en el siempre polémico tema de la construcción nacional. Sin duda, la obra de Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider constituye un excelente trabajo de obligada lectura para todos aquellos interesados en el tema.